

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Promoción del seglar en la Familia Salesiana

Invitación a renovar nuestro carné de identidad.—Quiénes son los seglares que están en misión con nosotros.—Nueva mentalidad eclesial.—El Vaticano II nos guía en una «peregrinación de descubrimiento».—Valiosa novedad de comunión.—Qué objetivos nos proponemos.—Dar vida a un verdadero movimiento espiritual.

Queridos hermanos:

El tema que propone el aguinaldo de 1986 merece ser considerado atentamente en nuestra Congregación.

La vocación y misión del seglar de hoy día es uno de los grandes frentes renovadores abiertos por el Vaticano II. La acción conciliar de profundización y de relanzamiento incide también en nuestra familia, que en la promoción de esta vocación reconoce una experiencia de retorno a sus orígenes, pues don Bosco siempre contó con muchos seglares en su misión juvenil y popular.

Invitación a renovar nuestro carné de identidad

Al proponer este punto no lo hacemos por moda, que podría ser actitud transitoria y caduca; nos mueven la docilidad al Espíritu del Señor y la fidelidad al proyecto educativo de nuestro Fundador.

No acudir a este frente significaría, en último término, que nos desinteresamos de nuestra identidad vocacional. Tras un siglo largo de vida, necesitamos rejuvenecer las facciones del rostro sale-

siano, al objeto de que aparezca más clara y atractiva su fisonomía auténtica.

Poco a poco se había producido, en este sector, cierta involución que nos había hecho más gestores autárquicos de las obras existentes que animadores de un movimiento apostólico de la Iglesia peregrina, más preceptores de alumnos que misioneros de jóvenes.

Gracias a Dios, el Concilio trajo abundante aire fresco, que llegó a los pulmones de nuestros capítulos generales, sobre todo del especial. Hoy disponemos de una doctrina rica y sugerente sobre el seglar, con orientaciones concretas y estimuladoras. En cierto nivel y en diversas inspectorías se ha trabajado.

Algo se está moviendo. Lo vimos, por ejemplo, hace unos meses en el segundo congreso mundial de cooperadores. Lo vemos también desde hace tiempo en los antiguos alumnos; se mira con atención nueva a los colaboradores seglares y a los «amigos de don Bosco». Pero en algunas inspectorías cuesta despegar, se camina con lentitud.

¿Qué es lo que falta? ¿Mentalidad conciliar renovada? ¿Sentido de Iglesia con mayor comunión? ¿Sensibilidad social más objetiva? ¿Visión más valiente y más capaz de enrolar otras personas en nuestro quehacer juvenil y popular? ¿Carga espiritual de mayor profundidad?

Una cosa es segura: si don Bosco viviera hoy con los grandes horizontes del Vaticano II, se lanzaría a implicar a no pocos seglares en su proyecto de acción.

¿Por qué no lo deberíamos hacer sus hijos, que para las próximas celebraciones del centenario de su muerte nos hemos propuesto demostrar que el carisma del Oratorio sigue en plena vida y actualidad?

Quiénes son los seglares que están en misión con nosotros

Queremos promover la vocación del seglar que está con nosotros al servicio de los jóvenes, refiriéndonos al espíritu auténtico del Concilio.

Pero al cambiar de registro, es decir, cuando pasamos de pensar en el seglar o laico según el Concilio a la consideración de quiénes son los seglares con que tratamos y trabajamos, sentimos una extraña dificultad, por lo elástico de los significados atribuidos a este término. Se habla desde niveles distintos, que obscurecen su verdadero concepto eclesial y dan a nuestra consideración tal ambigüedad, que apenas resulta lícito hablar explícitamente de *vocación* y de *misión*.

La culpa está en el valor corriente y múltiple de la palabra «laico». Su uso está hoy tan arraigado en el lenguaje común, que nosotros mismos, si no estamos atentos, sin darnos cuenta nos movemos en planos ambiguos.

Pongamos algún ejemplo de este término, por lo menos en el ambiente italiano (N. del T.: En castellano resulta menos ambiguo, porque existe también el término «seglar»). Hablamos de «colaboradores laicos». Pero, ¿qué significado damos a este término? En la prensa se habla frecuentemente de «laicos» en política. Pero, ¿qué significa? O bien, ¿por qué se acepta la expresión «estado laico» y, en cambio, se desconfía de la expresión «moral laica»? Es clara, en uno y otro caso, la diferencia de significado de la misma palabra...

A nosotros nos interesa esto cuando hablamos de familia salesiana. ¿Quiénes son los laicos o seglares, aquellos a quienes cabalmente nos referimos en el aguinaldo? La respuesta debe ser muy precisa, porque está íntimamente vinculada a

nuestra fidelidad al Concilio y a don Bosco. La falta de identificación atenta lleva a una actividad confusa, sin nitidez ni concreción vocacional y, por tanto, salesianamente superficial.

Así pues, necesitamos responder con determinación consciente que por laicos (o seculares) aquí entendemos los cristianos miembros de la Iglesia católica que, estando en el mundo con su típico carácter secular, quieren vivir el bautismo en misión con nosotros. O sea, como es obvio, queremos aplicar y hacer fructificar en nuestra familia la descripción concreta que del seglar o laico hace el Vaticano II.

Me parece vital esta precisión. Sin ella nunca lograremos que despegue en la Iglesia un verdadero movimiento espiritual de personas¹.

1. *Constituciones*, 5.

No se trata de eliminar de nuestra atención y de un alistamiento adecuado (en diversos niveles) a otros muchos colaboradores, antiguos alumnos y amigos. Sabemos que don Bosco buscó colaboradores por todas partes, con tal de que tuvieran un mínimo de buena voluntad e hicieran el bien («bienhechores»), incluso por encima de su confesión religiosa. Es una herencia muy rica que debemos conservar en la Congregación; hoy está confirmada por la apertura conciliar al ecumenismo, al diálogo con las religiones no cristianas y hasta con los no creyentes. Sin embargo, el aguinaldo de este año no se refiere a tal aspecto, que en no pocas comunidades ya funciona bastante bien.

Lo que nos proponemos es superar la peligrosa superficialidad de que hablé en el informe al XXII Capítulo General sobre el estado de la Congregación. Es una superficialidad que acompaña y caracteriza al tipo de trajinante genérico que puede parecer amigo de todos, pero que en realidad no es padre espiritual de nadie.

En nuestra familia los seculares, en sentido conciliar, los vemos y nos los asociamos, de hecho, de entre los cooperadores, de entre los antiguos alumnos que, como dice el XXI Capítulo General, *han hecho la opción evangelizadora*², y de entre los colaboradores externos y amigos que desean dar testimonio de fe católica.

2. XXI Capítulo General,
69.

La labor concreta que debemos hacer es dedicarnos más y mejor a promover, sobre todo, la Asociación de cooperadores en sus miembros seculares, y a intensificar el cuidado de quienes, sin estar ordenados o consagrados, desean ser católicos activos de entre los antiguos alumnos —en sus asociaciones locales o en la confederación mundial—, de entre los colaboradores y de entre los amigos.

Estos son los «seculares» o «laicos» de nuestra familia a que nos referimos. Debemos actuar en unión con las Hijas de María Auxiliadora y demás grupos de consagrados de la familia, para que estos seculares sientan la alegría de vivir una vocación hermosa y participen activamente con nosotros, según el espíritu de don Bosco, en la misión de la Iglesia en el mundo.

Nueva mentalidad eclesial

El hombre maduro debería ser un sabio abierto a la novedad del Espíritu Santo. Sin embargo, estos años hemos comprobado que, en algunas personas, después de cierta edad, es fácil hacerse ex-céptico, creer que no hay nada nuevo, quedarse sentado, pensar que ya se ha llegado y quizá aburgesarse poco a poco. Da pena encontrarse con personas maduras de años, pero poco sabias de espíritu.

Os recordaba en la circular anterior que se ha dicho que en el Concilio no aparecen definiciones o condenas inéditas, y que, a pesar de todo, presenta una novedad extraordinaria. *Nihil novi et omnia nova*, nada nuevo, pero todo es novedad.

En cuanto al seglar en la Iglesia hay una gran novedad. Quien no logre verla, se expone a no ser dócil al Espíritu Santo y, por lo mismo, a no saber aportar fuerzas que alienten la renovación.

La vocación del seglar, tal como la presenta el Vaticano II, tiene exigencias concretas que a todos nos imponen simultáneamente dos tareas complementarias: conocer bien la doctrina del Concilio en este punto y, además, repasar con seriedad crítica el pensamiento de don Bosco y sus iniciativas. Nunca podemos separar un aspecto de otro; si lo hacemos, caemos o en arbitrariedades efímeras o en posturas inmovilistas.

Respecto al pensamiento de acción de don Bosco, podemos decir que en todas nuestras casas hay —por lo menos así lo espero— bibliografía suficiente y una tradición viva que nos facilitan la lectura históricamente seria de la presencia del seglar en nuestra misión. Todos estamos más que convencidos de que nuestro Fundador procuró enrolar al mayor número posible de colaboradores en su proyecto de acción, desde su madre Margarita hasta los patronos que daban trabajo a sus aprendices; desde la buena gente del pueblo hasta los teólogos, los nobles e incluso los políticos del momento. Pensó, proyectó, se asesoró y, finalmente, instituyó, como expresión organizada, la Pía Unión de cooperadores salesianos. *Los cooperadores* —afirmaba convencido y esperanzado— *van a ser quienes promuevan el espíritu católico*³.

En cambio, respecto al conocimiento del Vaticano II entre nosotros, la cosa es menos segura.

3. *Memorias Biográficas*
XVIII, 161.

Como dije en la última circular, los pastores de la Iglesia tienen la penosa sensación (por mi parte creo que tal pensamiento se puede aplicar también, por desgracia, a no pocos religiosos) de que no se conoce suficientemente el Vaticano II y, menos todavía, que esté asimilado y llevado a la vida. Al contrario, tienen la impresión de que se han seguido más fácilmente interpretaciones superficiales, restrictivas, parciales y hasta erróneas⁴. De ahí la necesidad, para todos, de acudir a los textos conciliares y programar su estudio orgánico⁵.

Es, por lo tanto, necesario que inspectores y directores pongan interés particular en organizar iniciativas concretas al respecto. Todas las inspectorías deben hacerlo. Cada casa, por su parte, tiene que ver el modo práctico de ahondar sistemáticamente en la doctrina del Concilio. Tras el llamamiento del Sínodo extraordinario, esta tarea urgente debe formar parte de nuestra programación de vida. Por mi parte, he creído que convenía hacerlo incluso en la reciente predicación de los ejercicios espirituales al Santo Padre y a la Curia romana⁶.

Si el Concilio es un hecho profético, *un regalo de Dios a la Iglesia y al mundo, otro Pentecostés, la carta magna del futuro*⁷ y *el gran catecismo de los tiempos modernos*⁸, nuestra mentalidad pastoral debe adecuarse constantemente y cada vez mejor a sus grandes contenidos orientadores. Uno es cabalmente la vocación y misión del seglar en la Iglesia.

El Vaticano II nos guía a una «peregrinación de descubrimiento»

En su mensaje para la jornada mundial de la

4. Cfr. *Actas del Consejo General 316*, págs. 8-16.

5. Cfr. *Sínodo extraordinario, Documento final I*, 5 y 6.

6. Cfr., en este número de *ACG*, sección «Documentos» 5, 1.

7. *Sínodo extraordinario*.

8. *Catechesi tradendae*.

paz del año 1985, Juan Pablo II afirmó que el devenir del hombre en la historia es como *una peregrinación de descubrimiento*⁹.

9. Mensaje de 1985, 10.

Ciertamente, el Vaticano II es para los creyentes un momento muy rico y fecundo de descubrimientos.

Uno de ellos es la visión positiva del mundo como auténtico valor religioso, a pesar del desastre del pecado: el Padre lo creó para el hombre, y lo ama tanto, que le envió a su Hijo único.

Tal visión encierra una novedad grande en el modo de concebir globalmente la Iglesia en sus relaciones con el mundo. La Iglesia vive para el mundo, pues todo el Pueblo de Dios está en la historia humana como sacramento de salvación.

En este contexto se sitúa la doctrina de la vocación y misión del seglar. El Concilio dio una respuesta maravillosa al laicismo imperante; le arrebató la bandera de la laicidad, que enarbolaba como conquista poscristiana. El laicismo era y es únicamente algo que representa la postura —ya trasnochada— de un iluminismo que recorta la realidad.

El abanderado del desquite en favor de la verdadera laicidad del mundo es, en el Pueblo de Dios, el seglar. En efecto, el reconocimiento del mundo como creación del Padre y expresión de su amor omnipotente, del mundo como historia del hombre donde se encarnó Cristo como presencia de amor que libera, del mundo que camina hacia el punto omega como proyecto en transformación por obra del Espíritu portador de amor santificante, hace que surja fascinador e indisoluble el binomio «Dios-mundo».

¡No conocemos un Dios sin mundo, ni es posible un mundo sin Dios!

La laicidad no consiste en ver el mundo como si

Dios no existiera —esto es laicismo—, sino en verlo precisamente tal como El lo creó, con sus leyes, sus valores autónomos, la consistencia de los fines respectivos, la realeza y el protagonismo del hombre, su labor estupenda en la historia, la dignidad de la persona, la solidaridad social, el trabajo, la ciencia, la técnica: todo ello armonizado en el diálogo de amor con que el hombre debería corresponder a la iniciativa de Dios¹⁰.

10. Cfr. *Gaudium et spes*,
43.

Cuanto mejor se conoce el mundo y la historia del hombre, tanto mejor se comprende que Dios sólo puede ser amor. El laicista que acepta la existencia de Dios, pero lo ve como si no se interesara por el mundo, le reduce, en el mejor de los casos, a un motor inmóvil sin corazón: una caricatura blasfema.

Semejante descubrimiento del mundo nos lleva a imaginar la Iglesia no ya como pirámide de vértice estrecho (la jerarquía) y base amplia (el laicado), sino como círculo inmenso que se expande en la historia y recibe del centro energía y estímulos para seguir adelante.

Es cabalmente el seglar quien está en la parte más externa y en expansión del círculo, como frontera de progreso, de liberación y de transformación del mundo. Para esto necesita de Cristo y de su Espíritu (el centro), de luz y de gracia, y de los valores de las bienaventuranzas, que le llegan del servicio del ministerio y del testimonio de la vida consagrada (próxima al centro): necesita estar en comunión con todos, para sentirse miembro vivo del Cuerpo de Cristo en la historia (la Iglesia de todos, una y santa); pero está en la frontera, en calidad de protagonista. Da y recibe; los ministros y los consagrados le ayudan, y se enriquecen con las aportaciones de su vocación.

Don Bosco había intuido estos valores del

mundo, y se sintió llamado a trabajar por la mejora de la sociedad humana¹¹. Se dedicó a la juventud popular, descuidada y necesitada, para formar buenos ciudadanos. Era realista y tenía claro el sentido de la historia. El punto estratégico en que se apoyaba fue su convicción de que la Religión (es decir, la «fe cristiana») es valor imprescindible que debemos injertar en el centro de la cultura (y en el de los jóvenes), si queremos renovar una sociedad y hacerla a medida de la dignidad de la persona.

11. *Constituciones*, 33.

Su mentalidad práctica y propensa a la acción escudriñaba las complejas vicisitudes del tiempo y, a la luz de la historia y de la fe, llegaba a la conclusión —tan clara hoy en *Gaudium et spes*— de que Dios ama de verdad al mundo y le envía a todos los cristianos para salvarlo. En particular, se sentía portador de una misión juvenil y popular. De ahí su rico humanismo, su aprecio por los adelantos de la ciencia y de la técnica, su intuición para la metodología y la organización; de ahí su afán de mover a muchas personas de buena voluntad para que fueran activas y corresponsables, y su llamamiento a los católicos a trabajar más unidos, a fin de hacer todo el bien que fuera posible.

No cabe duda, fue un santo Fundador inspirado por el Señor, para preceder proféticamente el tiempo que iba a venir.

El Concilio nos invita hoy a descubrir esta visión eclesial, a fin de dar un rostro más límpido y comprometido a la dimensión salesiana de servir a la juventud del mundo.

Valiosa novedad de comunión

Hay un aspecto importante, que debemos considerar, en la novedad procurada por el Concilio y

que tiene mucho que ver con la presencia de los seglares en nuestra familia.

El hecho de que haya seglares en misión con nosotros, y de que nosotros lo hagamos con ellos, no se reduce sin más a suma cuantitativa de fuerzas, ni mucho menos a suplencia forzosa para compensar nuestras pérdidas y las ausencias.

Se trata de comunión sumamente enriquecedora entre vocaciones distintas pero complementarias en la Iglesia. Se intercambian valores que mejoran la calidad de cada vocación, robusteciendo su identidad, mejorando su nitidez y enriqueciendo su actualidad.

Es evidente, hace falta saber forjar entre seglares y consagrados una verdadera comunión eclesial de vocaciones complementarias, cimentada en Cristo, movida por su Espíritu, y alimentada por convicciones de fe, por testimonio recíproco y por una concreta y eficiente opción de quehaceres. Es decir, se trata de una comunión profunda dentro de una espiritualidad apostólica idéntica.

Aquí volvemos a encontrarnos con la necesidad urgente de desarraigar la superficialidad...

La comunión parte sustancialmente de dos polos distintos pero correlativos y en tensión recíproca.

El seglar realiza su vocación eclesial yendo de los valores seculares, de la base del mundo hacia el vértice de la actitud religiosa. El salesiano realiza su vocación yendo de la consagración hacia el mundo, del vértice religioso hacia los valores humanos. Si tenemos presente la expresiva afirmación de *Gaudium et spes* de que es preciso *poder ejercer todas las actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios*¹²,

12. *Gaudium et spes*, 43.

comprenderemos la diferencia de sentido en el movimiento de ambas vocaciones y su complementariedad recíproca.

Pensemos, por ejemplo, en la función diversa y complementaria de los padres (seglares) para con sus hijos y, por otra parte, de los educadores (salesianos) para con esos mismos hijos.

Don Bosco lo recuerda en una carta a los salesianos: *Ante todo, si queremos presentarnos como quien ama el verdadero bien de nuestros alumnos y obligarles a cumplir su deber, es preciso que no olvidéis nunca que representáis a los padres de esta querida juventud*¹³. Al final del Sínodo episcopal sobre la familia escribí una circular donde subrayé precisamente la necesidad de vincular más la pastoral juvenil a la pastoral familiar (cfr. ACS 299).

El seglar padre se dedica cristianamente a la educación de sus hijos; lo hace por las exigencias humanas de la generación. El salesiano educador se dedica, en cambio, a educar a los jóvenes a partir de la maternidad sobrenatural de la Iglesia.

Ambos movimientos confluyen, se encuentran, entran en comunión y se enriquecen mutuamente. ¡Cuánto tiene que aprender el salesiano del seglar! Y al revés, ¡cuánto debe aprender el seglar del salesiano! Si uno u otro actúa aislado, solo, por cuenta propia, verá empobrecida su vocación personal¹⁴.

Podrían ponerse otros muchos ejemplos donde el seglar enriquece al salesiano a partir de los valores seculares y, viceversa, el salesiano enriquece al seglar con quien comparte el servicio a la juventud a partir de los valores religiosos.

Los seglares que están en misión con nosotros y nosotros, que estamos en misión con ellos, tenemos una finalidad común: el apostolado juvenil y popular. Sin embargo, la modalidad de actuación

13. *Epistolario IV*, págs. 201-205. Turín, 1959.

14. *Constituciones*, 47.

15. *Apostolicam, actuositatem*, 2.

para alcanzar el objetivo es diversa. Como dice el Concilio, *hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión*¹⁵.

Unos y otros nos inspiramos en el mismo espíritu evangélico de don Bosco; pero lo hacemos con matices y peculiaridades distintos mutuamente correlativos, que se enriquecen recíprocamente, como en el clásico intercambio del celibato por el Reino y el matrimonio en Cristo¹⁶.

16. Cfr. *Actas del Consejo Superior*, 299 (enero-marzo de 1981), págs. 27-29.

Don Bosco realizó y enseñó vivencialmente esta valiosa comunión. Nosotros nacimos y hemos crecido en comunión con los seglares; y ellos con nosotros.

¿Cómo podríamos, después de un Concilio que profundizó y lanzó este inmenso valor eclesial, no esforzarnos por crecer mejorando la calidad de comunión y aumentando el número de sus participantes?

Pero es necesario que, cabalmente juntos, hablemos de Cristo, vivamos de Cristo y demos testimonio de El. Se trata de una vocación cristiana en común —aunque diferenciada— de auténticos discípulos del Señor.

Qué objetivos nos proponemos

Para promover en nuestras comunidades esta valiosa comunión, necesitamos algunos objetivos concretos y buscar y utilizar los medios que cada casa pueda tener a su disposición o que la inspección le pueda ofrecer.

- La primera meta, que después ayudará a iluminar todo lo que haya que hacer, es conocer más orgánicamente el Vaticano II, profundizando de forma especial su doctrina sobre la vocación y la misión del seglar. Ya lo he dicho antes y de ello

hablé por extenso en la última circular¹⁷. Recuerdo de nuevo a los inspectores y directores su responsabilidad en este punto. Será también oportuno organizar algunas sesiones de estudio, bien programadas, en compañía de los seglares.

- Como fruto de dicha profundización, habrá que lograr que nazca en los seglares la conciencia de sentirse verdaderos católicos comprometidos, testigos de su bautismo, conscientes de su vocación secular e intrépidos miembros de una Iglesia que es sacramento de salvación en la familia, en el barrio, en la sociedad, en todas partes.

Don Bosco procuró unir en la acción y con profundidad espiritual a los salesianos y a *los católicos que lo desearan*. *Los cristianos —decía— debemos juntarnos en estos tiempos difíciles, para fomentar el espíritu de oración y de caridad con todos los medios que proporciona la Religión*¹⁸.

El sentido de pertenencia responsable a la Iglesia católica deberá ser el núcleo que mueva esta actitud apostólica.

- El tercer objetivo que debemos conseguir es encaminar el interés apostólico de los seglares que colaboran con nosotros hacia la promoción integral de la juventud y hacia la necesidad de evangelizar al pueblo. La misión común le da a toda la familia salesiana una peculiaridad concreta y determina su identidad en el Pueblo de Dios.

Don Bosco enrolaba consigo a los seglares precisamente para *remover o, por lo menos, mitigar los males que hacen peligrar las buenas costumbres de la juventud, en cuyas manos está el futuro de la sociedad civil*¹⁹.

El interés apostólico del seglar por la juventud y por el pueblo puede ser *directo o inmediato* (padres, educadores, profesores, catequistas, comu-

17. *Actas del Consejo General, 316 (enero-marzo de 1986).*

18. *Reglamento de cooperadores.*

19. *Reglamento de cooperadores.*

nicadores sociales, etcétera) o *indirecto e inmediato*, cuando desempeña funciones culturales, sociales, políticas, que tienen especial proyección juvenil y popular. No se trata de catalogar actos y funciones sino de abrir horizontes a la voluntad de apostolado.

- Respecto al género práctico de apostolado, hay que intensificar en los seglares la generosidad y la inventiva, pero teniendo presentes diversos aspectos que ofrecen un amplio abanico de posibilidades.

Ante todo debemos insistir en el testimonio cotidiano que los seglares deben saber dar con su estado de vida y en la profesión o trabajo: es el aspecto cristiano fundamental de su carácter secular específico.

Es también muy significativo y enriquecedor lograr que los seglares, en su tiempo libre, reserven un espacio al apostolado. Sea mucho o poco, es sin duda señal importante de su pertenencia — responsable y comprometida— a la Iglesia en la misión peculiar de la familia salesiana.

El decreto conciliar *Apostolicam actuositatem* presenta tres áreas de actuación apostólica. Una se refiere al trabajo específico en el ámbito de la evangelización; otra —la más característica— tiende a la animación cristiana del orden temporal; la tercera comprende iniciativas de acción asistencial y caritativa²⁰.

El decreto presenta también varias formas posibles de apostolado. Las fundamentales son dos: la individual, que en algunos países —y más de una vez— es la única prácticamente posible, y la asociativa, especialmente recomendada por el Concilio, pues *responde adecuadamente a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y es al mismo tiempo sig-*

20. Cfr. *Apostolicam actuositatem*, 5-8.

*no de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo*²¹.

21. Cfr. *Apostolicam actusitatem*, 15-19.

En nuestra familia hay diversas posibilidades para desarrollar asociativamente actividades apostólicas.

Sin embargo, existe una asociación privilegiada: la de los cooperadores salesianos que, desde el punto de vista de la vocación cristiana del seglar en nuestra familia, debería ser centro de referencia para todas, porque no es alternativa de las otras, sino que está ideada para ser su animadora. En efecto, la Asociación de cooperadores no organiza, en cuanto tal, obras ni actividades, sino que se siente corresponsable con nosotros en fomentar, en todos sus miembros y en toda la familia, la vitalidad del proyecto de don Bosco, aportando las riquezas de su condición secular. Con ello se abre a la posibilidad de ofrecer animadores a la identidad de cualquier grupo o asociación, cuya índole y autonomía procura conocer, estimar y apreciar.

Por este carácter vocacional la Asociación de cooperadores tiene vínculos particulares con nuestra Congregación, pues está llamada a garantizar, en comunión especial con nosotros, la identidad y la vitalidad del patrimonio espiritual y apostólico de don Bosco en el mundo.

El Fundador no la concibió como Asociación independiente ni sólo de seglares, sino como parte integrante o grupo agregado de nuestra Congregación. La inmensa mayoría de sus miembros son seglares, y la Asociación cultiva su carácter secular; pero tiene también sacerdotes (y hasta obispos) y diáconos. También ella goza de autonomía peculiar; pero hay que armonizarla eficazmente con la grave responsabilidad de cuidar, junto con nosotros, la identidad y la eficacia de la vocación salesiana.

Si todos los seglares auténticos que están en misión con nosotros (antiguos alumnos, colaboradores, amigos) entrasen a formar parte de esta Asociación especial, se robustecería su identidad personal salesiana y, además, darían, a las asociaciones de que pudieran ser miembros, mayor fuerza de compromiso y mejor comunión de familia.

Don Bosco lo quería.

- Finalmente, otro objetivo importante es hacer conocer y amar el patrimonio evangélico de don Bosco, con los valores específicos de su carisma y de su criteriología de acción. Es decir, se trata de hacer que los seglares crezcan en el espíritu salesiano y en el método apostólico legado por nuestro Fundador. En esta labor de formación hay que armonizar siempre el todo con su vocación secular²².

22. *Constitutiones*, 47.

Para alcanzar los objetivos indicados, creo que todos estamos de acuerdo en que sea preciso fijar prioridades, para actuar de modo específico y eficaz. Recuerdo algunas, sobre todo a los inspectores:

- Garantizar el número, la calidad y la actualización de los hermanos encargados, y dejarles el tiempo que requiera su dedicación.

- Fomentar constantemente la convocación, la amistad y la formación de los seglares, con miras a su enrolamiento apostólico. No descuidar, antes al contrario, convocar con cuidado especial a los jóvenes que haya entre ellos²³.

23. Cfr. *Apostolicam actus-*
sitatem, 12.

- Ayudar a cada uno a discernir actividades concretas —según sus posibilidades personales, individual o asociativamente— en iniciativas educativas, pastorales, asistenciales y de bien común.

– Organizar iniciativas inspectoriales que creen clima de renovación y de relanzamiento en todas las comunidades.

Dar vida a un verdadero movimiento espiritual

El concilio Vaticano II suscitó un vasto movimiento de renovación espiritual. Como decía Pablo VI, *estamos viviendo en la Iglesia un momento privilegiado del Espíritu. Por doquier se procura conocerle mejor, tal como lo revela la Escritura. Uno se siente feliz de estar bajo su moción; nos reunimos en torno a El y por El queremos dejarnos conducir*²⁴.

24. *Evangelii nuntiandi*, 75.

Pues bien, si el Espíritu del Señor concede hoy a la Iglesia un momento extraordinario de renacimiento espiritual, sería verdaderamente extraño que quienes somos precisamente portadores de un carisma suyo, permaneciéramos pasivos o nos contentáramos con el minúsculo y simple esfuerzo de repetidores: no sería movimiento, sino aburguesamiento e inmovilismo.

Hoy la vida de la Iglesia nos da la pauta —dije comentando el aguinaldo—: o lanzamos un característico *movimiento espiritual* al que concurra toda la familia salesiana —y estaremos en las trincheras del futuro llevando el Concilio al tercer milenio—, o nos resignamos a quedar en retaguardia viviendo de nostalgia y expuestos a encerrarnos en un museo de recuerdos.

Necesitamos una sacudida fuerte. El año 1988 nos ofrece una oportunidad providencial para ello.

La inmensa mayoría de los hermanos respira en la Congregación el aire fresco de la renovación, sostenida y alimentada —desde hace más de un año— por las Constituciones renovadas.

Así pues, existen las condiciones necesarias; más aún, en algunas inspectorías se han dado pasos muy positivos para hacer crecer y ampliar un *movimiento espiritual* característicamente apostólico, que arrastre y catalice a muchos seglares en nuestro derredor.

Para ello tenemos que saber devolver a nuestra vida consagrada su específico rostro de «carisma». Este, como dice *Mutuae relationes*, lleva consigo una *carga de novedad genuina a la vida espiritual de la Iglesia y de especial espíritu emprendedor*. Tal característica exige *revisar continuamente la fidelidad al Señor, la fidelidad al Espíritu Santo, la atención inteligente a las circunstancias y la visión penetrante dirigida a los signos de los tiempos, la voluntad de inserción en la Iglesia, la conciencia de subordinación a la jerarquía sagrada, la intrepidez en las iniciativas, la constancia en la entrega, y la humildad en soportar los contratiempos. La relación exacta entre carisma genuino, perspectiva de novedad y sufrimiento interior lleva en sí una constante histórica de conexión del carisma con la cruz*²⁵.

25. *Mutuae relationes*, 12.

Estas ideas nos ofrecen una buena pauta para confrontar y revisar.

El carisma de don Bosco suscitó en el mundo, desde el principio, una concreta, adecuada y atractiva *espiritualidad juvenil*. Santo Domingo Savio es su confirmación. Hoy, después del Concilio, es preciso que los miembros de la familia salesiana renueven en su grupo y en los encuentros recíprocos el más genuino espíritu del Fundador, a fin de que muestre la existencia, en todos, de un dinamismo de santidad, de un *movimiento de personas* que inspire, guíe y sostenga una auténtica espiritualidad al servicio de la juventud popular.

Sabemos que María, Auxiliadora y Madre de la Iglesia, intervino en el origen de muchos carismas

para bien del Pueblo de Dios; conocemos su materna iniciativa y cuidado especial para con el de nuestra familia. Pidámosle insistentemente, también con miras a nuestros propósitos de 1988, que nos obtenga la luz, la fuerza y las dotes prácticas para lograr que nuestra familia sea de verdad en la Iglesia *un vasto movimiento de personas que, de diferentes formas trabajan por la salvación de la juventud*²⁶.

26. Constituciones, 5.

Y que nos ayude especialmente a los salesianos, que en este movimiento de personas *tenemos, por voluntad del Fundador, responsabilidades peculiares: mantener la unidad de espíritu y estimular el diálogo y la colaboración fraterna para un enriquecimiento recíproco y una mayor fecundidad apostólica*²⁷.

27. Constituciones, 5.

Os saludo a todos con el mejor deseo para cada comunidad de que sea centro vivo y fecundo de «*espiritualidad juvenil*».

Afectuosamente en el Señor,



Rector Mayor

Roma, 24 de febrero de 1986